

Eso caminaba por el bosque. Nunca nació; existió. Bajo las agujas de los pinos los fuegos arden, profundos y sin humo en el moho. En el calor y en la oscuridad y la decadencia hay crecimiento. Hay vida y hay crecimiento. Eso creció, pero no estaba vivo. Caminaba sin respirar por el bosque, y pensó y vio y era espantoso y fuerte, y no nació y no amaba. Se movía sin vivir.

Eso se arrastró desde la oscuridad y el moho caliente y húmedo hasta el frescor de una mañana. Era enorme. Estaba aglomerado y cubierto de sus propias sustancias repugnantes. Se le caían pedazos a medida que avanzaba, pedazos que se retorcían y se aquietaban. No tenía piedad, ni risa, ni belleza. Tenía fuerza y gran inteligencia. Y tal vez no podría ser destruido.

Eso se arrastró fuera de su montículo en el bosque y se quedó latiendo a la luz del sol durante un largo momento. Parches de él brillaban húmedos en el resplandor dorado, partes de él que eran protuberantes y descascaradas. ¿Los huesos de quién le habían dado la forma de un hombre?

Escarbaba dolorosamente con sus manos a medio formar, golpeando el suelo y el tronco de un árbol. Rodó y se levantó sobre sus codos desmoronados, y arrancó un gran manojo de hierbas y las desmenuzó contra su pecho. Se detuvo y miró los jugos grises y verdosos con inteligente calma. Se puso de pie, agarró un árbol joven y lo destruyó, doblando el esbelto tronco sobre sí mismo una y otra vez, observando atentamente las inútiles astillas fibrosas. Y chilló, agarrando a una criatura de campo congelada por el miedo, aplastándola lentamente, dejando que la sangre y la carne pulposa rezumaran de entre sus dedos y se pudrieran en los antebrazos.

Empezó a buscar.

Kimbo se deslizó a través de la hierba alta como una nube de polvo, su cola tupida se enroscó con fuerza, su espalda y sus largas mandíbulas abiertas. Corría a paso ligero, amando su libertad y la fuerza de sus flancos y hombros peludos. Su lengua colgaba apáticamente sobre sus labios. Sus labios eran negros y dentados. Kimbo era todo perro, todo animal sano.

Saltó por encima de una roca y aterrizó con un aullido de sorpresa cuando un conejo de orejas largas salió disparado de su escondite bajo la roca. Kimbo se lanzó tras él, gruñendo con cada gran empujón de sus piernas. El conejo rebotó justo delante de él, manteniendo la distancia, con las orejas pegadas al dorso curvo y las patitas mordisqueando a la distancia con avidez. Se detuvo y Kimbo se abalanzó. El conejo

salió disparado y se estrelló contra un tronco hueco.

Kimbo aulló de nuevo y se apresuró a olisquear el tronco. Consciente de su fracaso, dio una vuelta alrededor del tocón y corrió hacia el bosque. La cosa que observaba levantó sus brazos encostrados y esperó a Kimbo.

Kimbo lo sintió allí, inmóvil. Para él, era un bulto que olía a carroña. Arrastró los pies con disgusto y corrió. La cosa le permitió acercarse y le lanzó un pesado puño retorcido. Kimbo lo vio venir y se acurrucó con fuerza. La mano golpeó, sorprendentemente, en su trasero, enviándolo rodando y aullando por la pendiente.

Kimbo se puso de pie a horcajadas, sacudió la cabeza, sacudió el cuerpo con un gruñido profundo, volvió a la cosa silenciosa con una furia verde en los ojos. Caminaba rígido, con las piernas rectas, la cola baja y una gorguera de furia alrededor de su cuello. La cosa volvió a levantar su brazo, esperó.

Kimbo redujo la velocidad y luego se lanzó por los aires hacia la garganta del monstruo. Sus mandíbulas se cerraron sobre él; sus dientes entrechocaron a través de una masa de inmundicia, y cayó ahogado y gruñendo a sus pies. La cosa se inclinó y golpeó dos veces. La espalda del perro estaba rota. Se sentó a su lado y comenzó a desgarrarlo.

—Vuelvo en una hora más o menos —dijo Alton Drew; recogiendo su rifle.

Su hermano se rió.

—El viejo Kimbo se encarga de tu vida, Alton —dijo.

—Ah, conozco al viejo diablo —dijo Alton—. Cuando le silbo durante media hora y no aparece, está en un aprieto o está arrastrándose contra algo al que disparar. El viejo hijo de puta me llama no contestando.

Cory Drew empujó un vaso lleno de leche hacia su hija de nueve años y sonrió. Piensas tanto en ese perro tuyo como yo en Babe.

Babe se deslizó de su silla y corrió hacia su tío.

—¿El tipo malo me va a atrapar, tío Alton? —gritó ella.

El «tipo malo» fue un invento de Cory, el que acechaba en los rincones listo para abalanzarse sobre las niñas pequeñas que perseguían a las gallinas y jugaban con las cortadoras de césped y arrojaban manzanas verdes con un poderoso brazo joven a los costados de los cerdos. También se ocupaba de las niñas que maldecían con acento austríaco.

—Vuelve aquí y mantente alejada del arma del tío Alton.

—Si ves al tipo malo, Alton, persíguelo hasta aquí; tiene una cita con Babe por ese asunto de anoche.

La noche anterior, Babe, amablemente, había echado pimienta en el bloque de sal de las vacas.

—No te preocupes, niña —sonrió su tío—, te traeré la piel del tipo malo si no me atrapa primero.

Alton Drew caminó por el sendero hacia el bosque, pensando en Babe. Ella era un fenómeno: una niña granjera mimada. Bueno, tenía que serlo. Ambos amaban a Clarissa Drew, ella se había casado con Cory, y tenían que amar al hijo de Clissa.

Cosa graciosa, el amor.

Alton era un hombre de hombres. Su reacción al amor fue fuerte y asustada. Sabía lo que era el amor porque todavía lo sentía por la esposa de su hermano y lo sentiría mientras viviera por Babe. Lo condujo a través de su vida y, sin embargo, se avergonzaba al pensar en ello. Amar a un perro era cosa fácil, porque ninguno hablaba de ello.

El olor a humo de pistola y el silbido de la piel mojada bajo la lluvia eran perfume suficiente para Alton Drew, un gruñido de satisfacción y el grito de algo cazado y golpeado eran poesía suficiente. Amaba a su perro Kimbo y su Winchester, y dejó que su amor por las mujeres de su hermano, Clissa y Babe, lo devorara en silencio.

Sus rápidos ojos vieron las hendiduras recientes en la tierra blanda detrás de la roca, que mostraban dónde se había girado Kimbo y saltado persiguiendo al conejo. Ignorando las huellas, buscó el lugar más cercano donde podría esconderse un conejo y se acercó al tocón. Kimbo había estado allí, y había llegado demasiado tarde.

—Eres un viejo tonto —murmuró Alton—. No puedes atrapar a un conejo persiguiéndolo. Quieres cruzarlo de alguna manera.

Lanzó un peculiar silbido, seguro de que Kimbo estaba cavando frenéticamente bajo algún tocón cercano en busca de un conejo que ya estaba a tres condados de distancia.

No hubo respuesta.

Un poco desconcertado, Alton volvió al camino.

—Él nunca había hecho esto antes —dijo en voz baja.

Había algo que no le gustaba.

Amartilló su arma. En la feria del condado alguien había dicho una vez de Alton Drew que podía disparar a un puñado de sal y pimienta arrojados al aire y dar solo en la pimienta. Una vez partió una bala con la hoja de un cuchillo y apagó dos velas. No tenía por qué temer nada a lo que pudiera dispararse. Eso es lo que creía.

La Cosa del bosque miró con curiosidad lo que le había hecho a Kimbo y gimió como lo había hecho Kimbo antes de morir. Permaneció un minuto almacenando hechos en su mente inmunda y sin emociones. La sangre estaba caliente. La luz del sol era cálida.

Las cosas que se movían y tenían pelaje tenían un músculo para forzar el líquido espeso a través de diminutos tubos en sus cuerpos. El líquido se coagulaba después de un tiempo. El líquido sobre las cosas verdes enraizadas era más delgado y la pérdida de una extremidad no significaba la pérdida de la vida. Era muy interesante, pero la Cosa no estaba contenta. Tampoco estaba disgustada.

Su impulso accidental era una sed de conocimiento, y solo estaba interesado. Se estaba haciendo tarde, y el sol descansaba en el horizonte montañoso. La Cosa levantó la cabeza de repente, notando el crepúsculo. La noche siempre fue algo extraño, incluso para aquellos de nosotros que la hemos conocido en vida. Habría sido aterrador para el monstruo si hubiera sido capaz de asustarse, pero solo podía ser curioso; sólo podía razonar a partir de lo que había observado.

¿Qué estaba pasando? Cada vez era más difícil de ver. ¿Por qué? Lanzó su cabeza sin forma de lado a lado.

Era cierto: las cosas eran cada vez más oscuras. Las cosas estaban cambiando de forma, tomando un color nuevo y más oscuro. ¿Qué veían las criaturas que había aplastado y destrozado? ¿Cómo veían? El más grande, el que había atacado, había usado dos órganos en su cabeza. Debe haber sido eso, porque después de que la Cosa hubo arrancado dos de las patas del perro, este había dejado caer pliegues de piel sobre los órganos. Ergo, el perro veía con sus ojos. Pero luego, después de que el perro estuvo muerto y su cuerpo inmóvil, los repetidos golpes no tuvieron efecto en los ojos. Permanecieron abiertos y mirando. La conclusión lógica era que un ser que había dejado de vivir, respirar y moverse, perdía el uso de sus ojos.

Debe ser que perder la vista era morir. Las cosas muertas no andaban. Se acostaban y no se movían. Por lo tanto, la Cosa en el bosque concluyó que debía estar muerta, así que se acostó junto al camino, no muy lejos del cuerpo disperso de Kimbo, y se creyó muerta.

Alton Drew subió al bosque a través del crepúsculo. Estaba francamente preocupado. Volvió a silbar, y luego llamó, y todavía no hubo respuesta.

—El viejo Kimbo nunca había hecho esto antes —y sacudió su pesada cabeza.

Ya había pasado la hora de ordeñar y Cory lo necesitaría.

—¡Kimbo! —rugió.

El grito resonó entre las sombras, y Alton accionó el seguro de su rifle y puso la culata en el suelo junto al camino. Apoyándose en él, se quitó la gorra y se rascó la parte de atrás de la cabeza, preguntándose. La culata del rifle se hundió en lo que pensó que era tierra blanda; se tambaleó y pisó a la Cosa que yacía junto al camino. Su pie se metió hasta el tobillo en su podredumbre flexible. Maldijo y retrocedió.

—¡Uf! ¡Seguro que estás muerto como el infierno!

Se limpió la bota con un puñado de hojas mientras el monstruo yacía en la creciente oscuridad con los bordes de la huella en su pecho, deslizándose en él, llenándolo. Yacía allí, observándolo vagamente con sus ojos turbios, pensando que estaba muerto a causa de la oscuridad, observando las articulaciones de Alton Drew, preguntándose por esta nueva criatura desprevenida. Alton limpió la culata de su arma con más hojas y siguió por el camino, silbando ansioso a Kimbo.

Clissa Drew estaba de pie en la puerta del cobertizo, muy hermosa con su vestido a cuadros rojos y un delantal azul. Su cabello era de un amarillo limpio, con raya en el medio y tirante hacia atrás en un pesado moño trenzado.

—¡Cory! ¡Alton! —llamó un poco bruscamente.

—¿Bien? —respondió Cory desde el granero, donde estaba ordeñando a la Ayrshire. Los manguantes chorros de leche caían placenteramente en la espuma de un balde lleno.

—He llamado y llamado —dijo Clissa—. La cena está fría y Babe no comerá hasta que vengas. ¿Dónde está Alton?

Cory gruñó, apartó el taburete del camino y le dio una palmada al animal en la grupa. La vaca retrocedió y se llenó como un bote remolcador, traqueteó por la línea y salió al corral.

—Todavía no ha vuelto.

—¿No? —Clissa entró y se paró a su lado mientras él se sentaba junto a la próxima

vaca, puso su frente contra el tibio flanco—. Pero, Cory, él dijo que...

—Sí, sí, lo sé. Dijo que volvería para ordeñar. Lo escuché. Bueno, no lo ha hecho.

—Y tienes que... Oh, Cory, te ayudaré a terminar. Alton regresará si puede. Tal vez esté...

—Tal vez haya cazado un arrendajo azul —espetó su esposo—. Él y ese maldito perro —hizo un gesto con una mano mientras la otra seguía ordeñando—. Tengo veintiséis cabezas de vaca para ordeñar. Tengo cerdos para alimentar y gallinas para degollar. Tengo que tirar heno para la yegua y sacar el equipo. Tengo leña para partir y transportar.

Ordeñó por un momento en silencio, mordiéndose el labio. Clissa se quedó de pie, retorciendo las manos, tratando de pensar en algo para detener la marea. No era la primera vez que la caza de Alton interfería con las tareas del hogar.

—Así que tengo que seguir adelante con eso. No puedo interferir con el rastro de Alton. Cada maldito sabueso suyo huele a ardilla. Me voy sin mi cena. Me estoy enfermando.

—¡Oh, te ayudaré! —dijo Clissa.

Estaba pensando en la primavera, cuando Kimbo había mantenido a raya a doscientas libras de oso negro furioso hasta que Alton pudo meterle una bala en el cerebro, la vez que Babe encontró un osezo y comenzó a llevarlo a casa. No puedes odiar a un perro que ha salvado a tu hija, pensó.

—¡No harás nada por el estilo! —gruñó Cory—. Vuelve a la casa. Encontrarás suficiente trabajo allí. Te acompañaré cuando pueda. ¡Maldita sea, Clissa, no llores! No fue mi intención... ¡Oh, carajo! —él se levantó y puso sus brazos alrededor de ella—. Estoy alterado. Ve ahora. No me gusta hablarte de esa manera. Lo siento. Vuelve con Babe. Pondré fin a esto para siempre esta noche. He tenido suficiente. Aquí hay trabajo para cuatro granjeros y todo lo que tenemos soy yo y ese... cazador.

—Está bien —dijo ella en su hombro—. Pero, Cory, escúchalo cuando regrese. Es posible que haya tenido problemas. Tal vez él... él....

—A mi hermano no le hace daño nada que pueda morir de un balazo. Puede cuidarse solo. No tiene una excusa lo suficientemente buena esta vez. Vamos, ahora. Haz que el niño coma.

Clissa volvió a la casa, su joven rostro estaba fruncido. Si Cory se peleaba con Alton y lo echaba, con la sequía y la lechería a punto de cerrar y todo eso, ¡simplemente no

podrían arreglárselas! Contratar a un hombre estaba fuera de cuestión. Cory tendría que trabajar él mismo, hasta la muerte, y simplemente no sería capaz de hacerlo. Ningún hombre podría. Ella suspiró y entró en la casa. Eran las siete en punto y el ordeño aún no había terminado. Oh, ¿por qué Alton tuvo que...

Babe estaba en la cama a las nueve cuando Clissa escuchó un grito en el cobertizo.

—¿Alton ya ha vuelto? —dijeron ambos cuando Cory entró a la cocina; y mientras ella negaba con la cabeza, él se acercó a la estufa; levantando una: tapa, escupió en las brasas.

—Ven a la cama —dijo.

Dejó la costura. Tenía veintiocho años, andaba y actuaba como un hombre diez años mayor y parecía cinco años más joven.

—Me levantaré en un rato —dijo Clissa.

Cory miró hacia la esquina detrás de la caja de madera donde solía estar el rifle de Alton, luego emitió un sonido indescriptible de disgusto y se sentó para quitarse los pesados zapatos embarrados.

—Son más de las nueve —Clissa se ofreció tímidamente.

Cory no dijo nada. Solo buscó sus pantuflas.

—Cory, no vas a...

—¿Qué?

—Oh, nada. Solo pensé que tal vez Alton...

—¡Alton! —estalló Cory—. El perro va a cazar ratones de campo. Alton va a cazar al perro. Ahora quieres que vaya a cazar a Alton. ¿Eso es lo que quieres?

—Yo solo... él nunca había llegado tan tarde antes.

—¡No lo haré! ¿Salir a buscarlo a las nueve de la noche? ¡Maldita sea! No tiene motivos para usarnos, Clissa.

Clissa no dijo nada. Se acercó a la estufa, miró dentro de la caldera de lavado y la dejó a un lado en la parte trasera de la cocina. Cuando se dio la vuelta, Cory tenía los zapatos secos y el abrigo puesto de nuevo.

—Sabía que irías —dijo.

—Regresaré pronto —dijo Cory—. No creo que se haya extraviado.

Agarró la escopeta, miró a través de los cañones, deslizó dos cartuchos en la boca y una caja de ellos en el bolsillo.

—No esperes despierta —dijo por encima del hombro mientras salía.

—No lo haré —respondió Clissa a la puerta cerrada, y volvió a su costura junto a la lámpara.

El sendero que ascendía por la ladera hasta el bosque estaba muy oscuro cuando Cory subió, mirando y llamando. El aire era frío y silencioso, y de él flotaba un olor fétido, a moho. Cory exhaló el sabor a través de las fosas nasales, lo inhaló de nuevo con el siguiente aliento y maldijo.

—Cazar a las diez de la noche. Maldita sea. ¡Alton! —gritó—. ¡Alton Drew!

Los ecos le respondieron y entró en el bosque. La cosa acurrucada en la oscuridad lo escuchó y sintió las vibraciones de sus pasos y no se movió porque pensó que estaba muerta. Cory siguió caminando, mirando alrededor y hacia adelante, y no hacia abajo ya que sus pies conocían el camino.

—¡Alton!

—¿Eres tú, Cory?

Cory Drew se congeló. Ese rincón del bosque estaba espesamente asentado y tan oscuro como una bóveda. La voz que escuchó fue ahogada, tranquila, penetrante.

—¿Alton?

—Encontré a Kimbo, Cory.

—¿Dónde demonios has estado? —gritó Cory furiosamente.

No le gustaba esta negrura total; estaba asustado por la tensa desesperanza en la voz de Alton, y desconfiaba de su capacidad para permanecer enojado con su hermano.

—Lo llamé, Cory. Le silbé, y el viejo diablo no respondió.

—Puedo decir lo mismo de ti. ¿Por qué no fuiste a ordeñar? ¿Dónde estás? ¿Te atraparon en una trampa?

—El perro nunca dejó de responderme antes, ya sabes —dijo la voz monótona y tensa desde la oscuridad.

—¡Alton! ¿Qué diablos te pasa? ¿Qué me importa si tu perro no responde? ¿Dónde estás?

—Supongo que no responde porque nunca ha muerto antes —dijo Alton, negándose a ser interrumpido.

—¿Qué? —Cory chasqueó los labios dos veces y luego dijo—. Alton, ¿te volviste loco? ¿Qué es eso que dices?

—Kimbo está muerto.

—Kim... ¡Oh! —Cory estaba viendo esa imagen de nuevo en su mente. Babe yacía inconsciente en el aguacero, y Kimbo se enfurecía y golpeaba contra un oso monstruoso, reteniéndolo hasta que Alton pudiera llegar—. ¿Qué pasó, Alton?

—Mi objetivo es averiguarlo. Alguien lo destrozó. No queda nada de él, Cory. Cada maldita articulación de su cuerpo se desgarró. Las tripas están fuera.

—¡Buen Dios! ¿Crees que fue un oso?

—Ningún oso, ni nada en cuatro patas.

—¡Buen Dios! —dijo Cory de nuevo—. ¿Quién podría haber...? —hubo un largo silencio, entonces—. Vuelve a casa —dijo casi con suavidad.

—No. Mi objetivo es estar aquí. Voy a comenzar a rastrear, y voy a seguir rastreando hasta que encuentre al que le hizo esto a Kimbo.

—Estás borracho o loco, Alton.

—No estoy borracho. Puedes pensar lo que quieras sobre el resto. Me quedo aquí.

—Tenemos una granja allá atrás. ¿Recuerdas? No voy a ordeñar veintiséis cabezas de vaca otra vez, Alton.

—Alguien tiene que hacerlo. No puedo estar allí. Supongo que tendrás que hacerlo tú, Cory.

—¡Sucia escoria! —gritó Cory—. ¡Regresarás conmigo ahora!

La voz de Alton aún era tensa, medio adormecida.

—No te acerques, amigo.

Cory siguió moviéndose hacia la voz de Alton.

—Dije —la voz ahora era muy tranquila—, quédate donde estás.

Cory siguió acercándose. Un clic le informó de la liberación del seguro del .32-40. Cory se detuvo.

—¿Me apuntaste con tu arma, Alton? —susurró Cory.

—Así es, amigo. No vas a pisar estas pistas. Las necesito al amanecer.

Pasó un minuto completo, y el único sonido en la oscuridad era el de la respiración dolorosa de Cory. Finalmente:

—Yo también tengo mi arma, Alton. Ven a casa. No puedes ver para dispararme.

—Sé exactamente cuál es tu posición, Cory. He estado aquí cuatro horas.

—Mi arma se dispersa.

—Mi arma mata.

Sin otra palabra, Cory Drew giró sobre sus talones y regresó a la granja.

Negro y licuado yacía en la negrura, no vivo, sin comprender la muerte, creyéndose muerto. Las cosas que estaban vivas veían y se movían. Las cosas que no estaban vivas no podían hacerlo. Descansó su mirada fangosa en la línea de árboles en la cima de la elevación, y en lo más profundo de su interior los pensamientos se deslizaron. Yacía acurrucado, dividiendo los hechos recién encontrados, diseccionándolos como había disecado cosas vivas cuando había luz, comparando, concluyendo, clasificando.

Los árboles en la parte superior de la pendiente apenas se podían ver, ya que sus troncos eran una fracción de sombra más claros que el cielo detrás de ellos. Al final, ellos también desaparecieron, y por un momento el cielo y los árboles fueron monótonos. La cosa sabía que ahora estaba muerta y, como muchos seres antes que ella, se preguntaba cuánto tiempo permanecería así. Luego el cielo más allá de los árboles se hizo un poco más claro. Era un hecho manifiestamente imposible, pensó la cosa, pero podía verlo y así debía ser. ¿Las cosas muertas volvían a vivir? Eso era curioso. ¿Qué pasa con las cosas muertas desmembradas?

Esperaría y vería.

El sol salió. Un pájaro pió en alguna parte. Un búho mató una a musaraña, un zorrillo se abalanzó sobre otro, para que las muertes del turno de noche y las del día siguieran sin cesar. Dos flores asintieron maliciosamente una a la otra, comparando sus lindas ropas. Una ninfa de libélula decidió que estaba cansada de parecer seria y se abrió la espalda para salir y secarse como una gasa. El primer rayo dorado descendió, rojo entre los árboles, a través de la hierba, pasó sobre la masa en los arbustos en sombra.

—Estoy vivo de nuevo —pensó—. Estoy vivo, porque veo claramente.

Se puso de pie sobre sus gruesas patas hacia el resplandor dorado.

En poco tiempo los copos húmedos que habían crecido durante la noche se derretieron al sol, y cuando dio sus primeros pasos se partieron y cayó una pequeña lluvia de ellos. Subió la pendiente para encontrar a Kimbo, para ver si él también estaba vivo de nuevo.

Babe dejó que el sol entrara en su habitación abriendo los ojos. El tío Alton se había ido, eso fue lo primero que se le pasó por la cabeza.

Papá había llegado a casa anoche y le había gritado a mamá durante una hora. Alton estaba completamente loco. Le había apuntado con un arma a su propio hermano. Si Alton alguna vez se adentrara diez pies en la tierra de Cory, este lo llenaría de agujeros. Alton era vago, holgazán, egoísta y una o dos cosas más de dudoso gusto, pero indudable viveza.

Babe conocía a su padre. El tío Alton nunca estaría a salvo en este condado. Saltó de la cama con la forma envidiable de los muy jóvenes y corrió hacia la ventana. Cory caminaba penosamente hacia el pasto nocturno con dos bridas en el brazo. Abajo se escuchaban ruidos de cocina.

Babe metió la cabeza en el lavabo y se sacudió el agua como un terrier antes de secarse con la toalla. Arrastrando una camisa y un mono limpios, fue hasta el final de las escaleras, se puso la camisa y comenzó su ritual matutino con los pantalones.

Un paso hacia abajo era un paso a través de la pierna derecha. Uno más y estaba en la izquierda. Luego, saltando paso a paso sobre ambos pies, abrochándose un botón por paso, llegó al fondo completamente vestida y corrió a la cocina.

—¿No volvió el tío Alton, mamá?

—Buenos días, Babe. No, querida.

Clissa estaba demasiado callada, sonriendo demasiado, pensó Babe astutamente. No estaba feliz.

—¿Adónde fue, mamá?

—No lo sabemos, nena. Siéntate y come tu desayuno.

—¿Qué es un mal nacido, mamá? —preguntó Babe de repente.

Su madre casi dejó caer el plato que estaba secando.

—¡Nena! ¡Nunca debes decir eso otra vez!

—Oh, bueno, el tío Alton no lo es.

—¿Qué?

La boca de Babe se apretó alrededor de una cucharada descomunal de avena.

—Un malnaci...

—¡Babe!

—Ah, cierto, mamá —dijo Babe con la boca llena.

—Le dije a Cory que no gritara anoche —dijo Clissa medio para sí misma.

—Bueno, sea lo que sea que signifique, el tío no lo es —dijo Babe con firmeza—. ¿Fue de caza otra vez?

—Fue a buscar a Kimbo, cariño.

—¿Kimbo? Oh, mamá, ¿Kimbo también se fue? ¿Tampoco volvió?

—No querida. ¡Oh, por favor, Babe, deja de hacer preguntas!

—Está bien. ¿Adónde crees que fueron?

—Hacia los bosques del norte. Cállate.

Babe se tragó su desayuno. Se le ocurrió una idea; mientras pensaba en ello comía cada vez más despacio, y lanzaba más y más miradas a su madre por debajo de las lágrimas de sus ojos rasgados. Sería terrible que papá le hiciera algo al tío Alton. Alguien debería advertirle.

Babe estaba a medio camino del bosque cuando el .32-40 de Alton envió ecos arriba y abajo del valle.

Cory estaba montando un cultivador y maldiciendo al equipo cuando escuchó el arma. Llamó a los caballos y se sentó un momento para escuchar el sonido.

—Uno... dos... tres... cuatro... —contó.

Dirigió al equipo a la sombra de tres robles. Hizo cojear al caballo castrado con rápidos lanzamientos de una correa de repuesto y se dirigió al bosque.

—Alton es un asesino —murmuró, y volvió a la casa por su arma.

Clissa estaba parada justo afuera de la puerta.

—¡Consigue munición! —espetó y se precipitó dentro de la casa.

Clissa lo siguió. Estaba atando su cuchillo de caza antes de que ella pudiera sacar una caja del estante.

—Cory... escuchaste esa pistola, ¿verdad? Alton está loco. No desperdicia plomo...

—Le disparó a alguien. Dame mi arma.

—Cory...

—Oh, Dios, esto es un desastre. No puedo soportar mucho más. Que Babe no salga.

Cory salió corriendo por la puerta. Clissa lo tomó del brazo:

—Cory, Babe no está.

El pesado rostro de Cory se tensó.

—¿Dónde la viste por última vez?

—En el desayuno —Clissa estaba llorando.

—¿Dijo a dónde iba?

—No. Hizo muchas preguntas sobre Alton y dónde se encontraría.

—¿Le dijiste algo?

Los ojos de Clissa se agrandaron, y ella asintió, mordiéndose el dorso de la mano.

—No debiste haber hecho eso, Clissa —gruñó, y corrió hacia el bosque.

Cory corrió con la cabeza erguida, esforzándose con las piernas, los pulmones y los ojos en el largo camino. Subió resoplando la pendiente hacia el bosque, agonizando por recuperar el aliento después de los cuarenta y cinco minutos de andar pesado. Ni siquiera podía notar el olor a moho en el aire.

Captó un movimiento en un matorral a su derecha y se dejó caer. Luchando por contener la respiración, se deslizó hacia adelante hasta que pudo ver con claridad. Había algo allí, de acuerdo. Algo negro, manteniéndose quieto. Cory relajó sus piernas y el torso para facilitar que su corazón bombeara algo de fuerza, y lentamente levantó el calibre .12 hasta que se dirigió a la cosa escondida en la espesura.

—¡Sal! —dijo Cory cuando pudo hablar.

No pasó nada.

—¡Sal o por Dios que tiro! —dijo Cory con voz áspera.

Hubo un largo momento de silencio, y su dedo apretó el gatillo.

—Tú lo pediste —dijo, y mientras disparaba, la cosa saltó al aire libre, gritando.

Era un hombrecillo delgado vestido de negro sepulcral y con la carita de niño más sonrosada que Cory jamás había visto. La cara estaba torcida por el miedo y el dolor. El hombrecito se puso de pie y saltó arriba y abajo, repitiendo:

—Oh, mi mano. ¡No dis pares de nuevo! ¡Oh, mi mano! ¡No dis pares de nuevo!

Se detuvo después de un momento, cuando Cory se había puesto de pie, y miró al granjero con ojos tristes de color azul porcelana.

—Me disparaste —dijo en tono de reproche, levantando una pequeña mano ensangrentada—. Oh Dios mío...

—¿Quién diablos eres tú? —dijo Cory.

El hombre inmediatamente se puso histérico, pronunciando tal torrente de oraciones entrecortadas que Cory retrocedió un paso y medio levantó su arma en defensa propia. Parecía consistir principalmente en «perdí mis papeles» y «no lo hice», y «fue horrible» y «el hombre muerto».

Cory intentó hacerle una pregunta dos veces y luego se acercó y derribó al hombre. Yacía en el suelo, retorciéndose, gimiendo y lloriqueando y llevándose la mano ensangrentada a la boca donde Cory lo había golpeado.

—¿Qué está pasando por aquí?

El hombre se dio la vuelta y se sentó.

—¡Yo no lo hice! —sollozó—. ¡No lo hice! Estaba caminando y escuché el arma, unas palabrotas y un grito espantoso. Fui para allá y eché un vistazo y vi al hombre muerto y salí corriendo y viniste y me escondí y disparaste yo...

—¡Cállate! —el hombre lo hizo, como si hubiera accionado un interruptor—. Ahora —dijo Cory, señalando el camino—, ¿dices que hay un hombre muerto allá arriba?

El hombre asintió y comenzó a llorar de nuevo. Cory lo ayudó a levantarse.

—Sigue este camino de regreso a mi granja —dijo—. Dile a mi esposa que te arregle la mano. No le digas nada más. Y espera allí. ¿Me oyes?

—Sí. Gracias. Oh, gracias.

—Ve ahora —Cory le dio un suave empujón en la dirección correcta y se fue por el camino hasta el lugar donde había encontrado a Alton la noche anterior...

Lo encontró allí también, y a Kimbo.

Kimbo y Alton habían pasado varios años juntos en la más profunda amistad; habían cazado, luchado y dormido juntos, y las vidas que se debían el uno al otro habían terminado ahora. Estaban muertos juntos.

Fue terrible que murieran de la misma manera. Cory Drew era un hombre fuerte, pero jadeó y se desmayó cuando vio lo que la cosa del moho les había hecho a su hermano y al perro.

El hombre pequeño de negro se apresuró por el sendero, gimiendo y agarrándose la mano herida como si deseara poder cojear con ella. Después de un rato, el gemido se desvaneció y el paso apresurado se transformó en una caminata mientras el terror de la última hora se desvanecía. Hizo dos inspiraciones profundas y se ató un pañuelo alrededor de la muñeca, pero la mano seguía sangrando. Probó atárselo al codo, y eso hizo que le doliera. Así que metió el pañuelo en su bolsillo y simplemente agitó la mano estúpidamente en el aire hasta que la sangre se coaguló.

No era una gran herida. Dos de las balas lo habían golpeado, una atravesando la parte carnosa de su pulgar y la otra el costado. Al pensar en ello, se sintió un poco orgulloso de haber tenido una herida de bala. Dio un largo paseo bajo la luz del sol de media mañana, sintiendo una comunión de ensueño con los chicos del frente de batalla. El silbido de los disparos y los proyectiles... ¿Dónde había leído eso? Ah, qué historia sería. ¿No ocurrían las cosas más horribles en los lugares más agradables? Este era un bosque agradable. Sin chillidos ni serpientes ni amenazas profundas y oscuras. No era un bosque de cuentos, en absoluto. Disparado por un arma de fuego.

—¡Que interesante! —se pavoneaba—. Soy un caballero aventurero.

No vio el gran horror húmedo que se apiñaba detrás de él, aunque sus fosas nasales se arrugaron un poco. El monstruo tenía tres pequeños agujeros juntos en su pecho, y un pequeño agujero en el medio de su frente viscosa. Tenía tres hoyos muy juntos en la espalda y uno en la parte posterior de la cabeza. Estas marcas eran donde las balas de Alton Drew habían atravesado. La mitad de la cara sin forma se desprendió y había una profunda hendidura en su hombro. Esto era lo que había hecho la pistola de Alton Drew después de que golpeará y golpeará a la cosa.

Cuando sucedieron estas cosas, el monstruo no estaba herido ni enojado. Solo se preguntaba por qué Alton Drew actuaba de esa manera. Ahora seguía al hombrecito sin prisa alguna, igualando su paso y dejando tras de sí pequeñas partículas de lodo.

El hombrecito salió del bosque, se paró con la espalda apoyada contra un gran árbol en el borde del bosque, y pensó. Bastante le había pasado aquí. ¿De qué serviría quedarse y enfrentar una horrible investigación por asesinato, solo para continuar esta búsqueda tonta y vaga? Se suponía que en las profundidades de este bosque, en alguna parte, estaban las ruinas de un antiguo pabellón de caza, y tal vez albergaría las pruebas que buscaba.

Pero era un informe vago, lo suficientemente vago como para olvidarlo sin remordimientos. Sería el colmo de la insensatez quedarse con todos los trámites burocráticos pueblerinos que seguirían a ese espantoso asunto en el bosque. Ergo, sería ridículo seguir el consejo de ese granjero, ir a su casa y esperarlo. Volvería a la ciudad.

El monstruo estaba apoyado contra el otro lado del gran árbol. El hombrecito resopló con disgusto ante un repentino e insoportable olor a podredumbre. Tomó su pañuelo, lo buscó a tientas y lo dejó caer. Cuando se inclinó para recogerlo, el brazo del monstruo resopló pesadamente en el aire donde había estado su cabeza, un golpe que sin duda habría eliminado esa protuberancia. El hombre se levantó y se habría puesto el pañuelo en la nariz si no hubiera estado tan ensangrentado. La criatura, detrás del árbol, volvió a levantar el brazo, justo cuando el hombrecillo tiró el pañuelo, atravesando el campo hacia la lejana carretera; eso lo llevaría de regreso a la ciudad.

El monstruo se abalanzó sobre el pañuelo, lo recogió, lo estudió, lo rasgó varias veces e inspeccionó los bordes desgarrados. Luego contempló distraídamente la figura del hombrecillo que desaparecía y, al descubrir que ya no le interesaba, volvió a internarse en el bosque.

Babe echó a trotar con el sonido de los disparos. Era importante advertir al tío Alton sobre lo que había dicho su padre, pero era más interesante averiguar qué había sucedido. El tío Alton nunca disparaba sin matar. Esta fue la primera vez que lo escuchó disparar así.

Debe ser un oso, pensó emocionada, tropezando con una raíz y rodando para ponerse de pie otra vez. Le gustaba la idea de tener otra piel de oso. ¿Dónde la pondría? Tal vez podrían forrarla y ella podría tenerla como manta. El tío Alton podría sentarse y leerle por la noche. Oh, no. No. No con este problema entre él y papá. ¡Oh, si pudiera hacer algo!

Intentó correr más rápido, preocupada y ansiosa, pero estaba sin aliento y, en cambio, avanzó más despacio.

En lo alto de la elevación junto al borde del bosque se detuvo y miró hacia atrás. Observó el panorama buscando a su padre. Los nuevos senderos y los viejos estaban nítidamente definidos, y sus agudos ojos vieron inmediatamente que Cory se había salido de la línea con el cultivador y había inclinado al equipo hacia los árboles. Eso no era propio de él. Podía ver al equipo ahora.

Un poco más cerca estaba la casa; y cuando su mirada cayó sobre ella, se apartó del camino despejado. Venía su padre; ella había visto su escopeta y él estaba corriendo. Realmente podía cubrir terreno cuando quería. Debía estar persiguiéndola, pensó inmediatamente. Supuso que ella correría hacia el sonido de los disparos, e iba a seguir sus huellas hasta el tío Alton y dispararle. Sabía que él era tan buen leñador como Alton; seguramente vería sus huellas. Bueno, ella lo arreglaría.

Corrió a lo largo del borde del bosque teniendo cuidado de clavar los talones profundamente en la marga. Se adentró hasta que llegó a una espesa arboleda. Como una ardilla saltó de un árbol a otro hasta que no pudo retroceder más hacia el camino, luego se tiró al suelo y siguió con pasos muy suaves.

Le llevaría una hora dar vueltas en busca de su rastro, pensó con orgullo, y para entonces podría llegar fácilmente hasta el tío Alton. Se rió para sí misma al pensar en la forma en que había engañado a su padre. Y el pequeño sonido de la risa ahogó, para ella, el sonido del ronco grito agonizante de Alton.

Alcanzó y cruzó el camino y se deslizó a través de la maleza. Los disparos vinieron de

arriba, en alguna parte. Se detuvo y escuchó varias veces, y de repente oyó que algo venía hacia ella, rápido. Se agachó para ponerse a cubierto, aterrorizada, y un hombrecito de negro con ojos azules muy abiertos por el horror pasó a ciegas junto a ella, el maletín de cuero que llevaba se enganchó en las ramas. Giró un momento y luego cayó justo frente a ella.

Babe se quedó allí durante un largo rato y luego recogió el maletín y se desvaneció en el bosque. Las cosas estaban sucediendo demasiado rápido para ella. Quería al tío Alton, pero no se atrevía a llamar. Se detuvo de nuevo y aguzó el oído. Hacia el borde del bosque oyó la voz de su padre y la de otro, probablemente el hombre que había dejado caer el maletín. No se atrevió a ir allí. Llena de terror, pensó intensamente, luego chasqueó los dedos en señal de triunfo. Ella y Alton habían jugado muchas veces aquí; tenían todo un repertorio de señales secretas.

Había practicado cantos de pájaros hasta que los aprendió mejor que los propios pájaros. ¿Qué podría ser? Ah, arrendajo azul. Echó la cabeza hacia atrás y, mediante alguna alquimia juvenil, emitió un chillido desgarrador que habría hecho justicia a cualquier arrendajo que hubiera volado alguna vez. Ella lo repitió, y luego dos veces más.

La respuesta fue inmediata: la llamada de un arrendajo azul, cuatro veces. Babe asintió para sí misma. Esa era la señal de que debían encontrarse de inmediato en El Lugar. El Lugar era un escondite que él había descubierto y compartido con ella, y nadie más lo conocía; un ángulo de roca junto a un arroyo no muy lejano. No era exactamente una cueva, pero casi. Suficiente para ser fascinante.

Babe trotó alegremente hacia el arroyo. Acababa de saber que el tío Alton recordaba la llamada del arrendajo azul y lo que significaba.

En el árbol que se arqueaba sobre el cuerpo disperso de Alton estaba posado un gran arrendajo, acicalándose y brillando al sol. Totalmente inconsciente de la presencia de la muerte, sin apenas percatarse del grito de Babe, volvió a gritar cuatro veces.

A Cory le tomó más de un momento recuperarse de lo que había visto. Se apartó y se apoyó débilmente contra un pino, jadeando. Ese era Alton tendido allí, en partes.

—¡Dios! Dios, Dios, Dios...

Poco a poco recobró las fuerzas y se obligó a volverse de nuevo. Caminando con cuidado, se inclinó y recogió la 32-40. Su cañón estaba brillante y limpio, pero la culata estaba manchada con algún tipo de podredumbre apestosa. ¿Dónde había visto algo así? En algún lugar, no importa. Lo limpió distraídamente, tirando el pañuelo sucio después. Por su mente corrieron las palabras de Alton: voy a seguir rastreando hasta que encuentre al que le hizo esto a Kimbo.

Cory buscó hasta que encontró la caja de cartuchos de Alton. Estaba mojada y pegajosa. Eso lo hizo sentir mejor, de alguna manera. Una bala mojada con la sangre de Alton era lo correcto. Se alejó una corta distancia, dio vueltas hasta que encontró huellas pesadas y luego regresó.

—Te estoy siguiendo, amigo —susurró con voz espesa.

A través de la maleza siguió su rastro vacilante, asombrado por la cantidad de moho que había alrededor, asociándolo gradualmente con la cosa que había matado a su hermano. Ya no había nada en el mundo para él más que odio y obstinación.

Maldiciéndose a sí mismo por no haber llevado a Alton a casa anoche, siguió las huellas hasta el borde del bosque. Lo llevaron a un gran árbol. Allí vio algo más: otro juego de huellas pequeñas, de dedos puntiagudos, las huellas de Babe.

—¡Babe! —gritó Cory—. ¡Babe!

Sin respuesta. El viento suspiró. En algún lugar llamó un arrendajo azul.

Babe se detuvo y se volvió cuando escuchó la voz de su padre, débil con la distancia, penetrante.

—Escúchalo gritar —canturreó encantada—. Vaya, suena enojado.

Le devolvió el canto de un arrendajo irrespetuosamente y se apresuró a ir a El Lugar. Consistía en una roca gigantesca junto al arroyo. Alguna agitación glaciara la había partido, cortando un enorme trozo en forma de V. La parte más ancha de la hendidura estaba al borde del agua, y la más angosta estaba oculta por arbustos. Formaba una pequeña habitación sin techo, áspera y desigual y llena de baches y depresiones por dentro, y sin embargo con un suelo bastante nivelado. El extremo abierto estaba al borde del agua.

Babe apartó los arbustos y miró por la hendidura.

—¡Tío Alton! —llamó en voz baja.

No hubo respuesta.

—Oh, bueno.

Ella trepó y se deslizó hasta el suelo. Le encantaba estar ahí. Estaba sombreado y fresco, y el riachuelo parloteante lo llenaba de luces doradas, cambiantes, y gorgoteos risueños. Llamó de nuevo y luego se posó en un afloramiento para esperar. Fue

entonces cuando se dio cuenta de que todavía llevaba el maletín del hombrecito.

Le dio la vuelta un par de veces y luego lo abrió. Estaba dividido en el medio por una pared de cuero. Por un lado había unos papeles en un gran sobre amarillo y por el otro unos sándwiches, una barra de chocolate y una manzana. Con la complaciente aceptación del maná del cielo, Babe guardó un sándwich para Alton, principalmente porque no le gustaba la mortadela muy especiada. El resto hizo todo un festín.

Estaba un poco preocupada por Alton, incluso después de haber consumido el corazón de la manzana. Se levantó y trató de deslizar algunos guijarros sobre el turbulento arroyo, y se paró sobre sus manos, y trató de pensar en una historia para contarse a sí misma. Trató de simplemente esperar.

Finalmente, desesperada, volvió a girarse hacia el maletín, sacó los papeles, se acurrucó junto a la pared rocosa y comenzó a leerlos. Era algo que hacer. Había un viejo recorte de periódico que hablaba de extraños testamentos que había dejado la gente. Una anciana había dejado una vez mucho dinero a quien hiciera el viaje de la Tierra a la Luna y viceversa. Otro había financiado un hogar para gatos cuyos amos y dueñas habían muerto. Un hombre dejó miles de dólares al primer hombre que pudiera resolver cierto problema matemático. Pero un elemento estaba escrito con lápiz azul: Uno de los más extraños de los testamentos en vigor es el de Thaddeus M. Kirk, quien murió en 1920.

Parece que construyó un elaborado mausoleo con bóvedas funerarias para todos los restos de su familia. Recogió y retiró ataúdes de todo el país para llenar los nichos designados. Kirk fue el último de su línea; no había parientes cuando murió. Su testamento establecía que el mausoleo se mantendría en reparación de forma permanente y que se reservaría una cierta suma como recompensa para quien pudiera presentar el cuerpo de su abuelo, Roger Kirk, cuyo nicho aún estaba vacío. Cualquiera que encuentre este cuerpo era elegible para recibir una fortuna sustancial.

Babe bostezó vagamente, pero siguió leyendo porque no había nada más que hacer. Lo siguiente era una hoja gruesa de correspondencia comercial, con el membrete de una firma de abogados. El cuerpo decía:

«Con respecto a su consulta sobre el testamento de Thaddeus Kirk, estamos autorizados a afirmar que su abuelo era un hombre de aproximadamente cinco pies, cinco pulgadas, cuyo brazo izquierdo se había roto y que tenía un plato triangular de plata en su cráneo. No hay información sobre el paradero de su muerte. Desapareció y fue declarado legalmente muerto al cabo de catorce años. El monto de la recompensa, según consta en el testamento, más los intereses, asciende ahora a una fracción de más de sesenta y dos mil dólares. Este será pagado a quien presente los restos, siempre que estos respondan a las descripciones conservadas en nuestros archivos privados.»

Había más, pero Babe estaba aburrida. Pasó al pequeño cuaderno negro. No había nada más que registros a lápiz y muy abreviados de visitas a bibliotecas; citas de libros con títulos como «Historia de los condados de Angelina y Tyler» y «Historia familiar de Kirk». Babe también tiró eso a un lado.

—¿Dónde estará el tío Alton? —empezó a cantar desafinadamente—. Tumalumaliim tum, ta ta ta —fingiendo bailar un minueto con faldas sueltas como una chica que había visto en las películas.

Un susurro de los arbustos en la entrada de El Lugar la detuvo y miró hacia arriba.

Rápidamente corrió hacia un pequeño callejón sin salida en la pared de roca, lo suficientemente grande como para esconderse. Se rió al pensar en lo sorprendido que se sentiría el tío Alton cuando ella saltara hacia él.

Oyó que el recién llegado descendía arrastrando los pies por la empinada pendiente de la grieta y aterrizaba pesadamente en el suelo. Había algo en el sonido... ¿Qué era? Se le ocurrió que, aunque era un trabajo duro para un hombre grande como el tío Alton pasar por la pequeña abertura en los arbustos, no podía oír una respiración pesada. ¡No oía respirar en absoluto!

Babe se asomó a la cueva principal y chilló con sumo horror. De pie, allí, no estaba el tío Alton, sino una enorme caricatura de un hombre: una cosa enorme como un muñeco de barro irregular, hecho con torpeza. Tembló y partes de él brillaron y partes de él estaban secas y desmenuzadas. La mitad de la parte inferior izquierda de su rostro había desaparecido, dándole un aspecto torcido. No tenía boca ni nariz perceptibles, y sus ojos estaban torcidos, uno más alto que el otro, ambos de un color marrón oscuro sin nada de blanco.

Se quedó muy quieto, mirándola, su único movimiento fue un constante temblor sin vida. Se preguntó por el extraño ruidito que había hecho Babe. Ella se arrastró hacia atrás contra una pequeña bolsa de piedra, su cerebro dando vueltas y vueltas en círculos cansados de agonía. Abrió la boca para gritar y no pudo. Sus ojos se abultaron y su rostro ardió por el esfuerzo, y las dos cuerdas doradas de su cabello trenzado se retorcieron mientras buscaba desesperadamente una salida. ¡Ojalá estuviera al aire libre, o en la semicueva en forma de cuña donde estaba la cosa, o en casa en la cama!

La cosa se acercó a ella, inexpresiva, moviéndose con una lenta inevitabilidad que era el quid del horror. Babe yacía con los ojos muy abiertos y congelada, la creciente presión del terror detenía sus pulmones, haciendo que su corazón se estremeciera por completo. El monstruo llegó a la boca del pequeño bolsillo intentó caminar hacia ella y fue detenido por los costados. Era una pequeña fisura tan estrecha; y Babe hizo todo lo posible para entrar. La cosa estaba de pie luchando contra la roca en sus hombros,

presionando más y más fuerte para llegar a Babe. Se incorporó lentamente, tan cerca de la cosa que su olor era casi lo suficientemente denso para ver, y una esperanza salvaje estalló a través de su miedo mudo. ¡No podía entrar! ¡No podía entrar porque era demasiado grande!

La sustancia de sus pies se extendió lentamente bajo la tremenda tensión, y en su hombro apareció una ligera grieta. Se ensanchó cuando el monstruo se aplastó insensiblemente contra la roca y, de repente, un gran trozo del hombro se desprendió y el ser se retorció un metro más adentro. Se quedó quieto, con sus ojos fangosos fijos en ella, y luego levantó un brazo grueso sobre su cabeza.

Babe trepó más lejos que había creído imposible, y la sucia mano golpeada en un garrote le acarició la espalda, dejando un rastro de suciedad en la camisa azul que llevaba puesta. El monstruo surgió de repente y, yaciendo ahora de largo, ganó esa última y preciosa pulgada. Una mano negra agarró una de sus trenzas y las luces de Babe se apagaron.

Cuando volvió en sí, estaba colgando del cabello. La cosa la sostuvo en alto, de modo que su rostro y su cabeza sin rasgos no estaban a más de un pie de distancia. La miró con leve curiosidad en los ojos y la balanceó lentamente de un lado a otro.

La agonía de su cabello tirado hizo lo que el miedo no podía hacer: le dio una voz. Ella gritó. Abrió la boca e hinchó sus poderosos y jóvenes pulmones. Contuvo la garganta en la posición del primer grito, y su pecho se agitó y bombeó más aire a través de la garganta congelada. Estridentes y monótonos, e infinitamente penetrantes eran sus gritos.

A la cosa no le importó. La sostuvo como estaba y la observó. Cuando aprendió todo lo que pudo de este fenómeno, la dejó caer de manera discordante y miró alrededor de la semicueva, ignorando al aturdido y acurrucado cuerpo de Babe. Recogió el maletín de cuero y lo rasgó dos veces como si fuera un pañuelo. Vio el sándwich que le había dejado Babe, lo recogió, lo aplastó y lo dejó caer.

Babe abrió los ojos, vio que estaba libre, y justo cuando la cosa se volvió hacia ella, se zambulló entre sus piernas y salió al estanque poco profundo frente a la roca, chapoteó hasta la otra orilla gritando. Una lucecita viciosa de furia ardía en ella; recogió una piedra y la arrojó. Voló bajo y rápido, y golpeó el tobillo del monstruo. La cosa estaba dando un paso hacia el agua; la piedra lo desequilibró. Se tambaleó durante un largo y silencioso momento en el borde y luego se zambulló en el arroyo. Sin mirarlo dos veces, Babe salió corriendo.

Cory Drew estaba siguiendo las pequeñas gotas de moho que de alguna manera indicaban el camino del asesino, y estaba cerca cuando la escuchó gritar por primera vez. Echó a correr, dejó caer su escopeta y sostuvo la .32-40 lista para disparar. Corrió

con un pánico tan mortal en su corazón que pasó por delante de la enorme roca hendida y estuvo cien metros más allá antes de que ella saliera del estanque y corriera hacia la orilla. Tuvo que correr fuerte y rápido para atraparla, porque cualquier cosa detrás de ella era ese horror sin rostro en la cueva, y ella vivía para la única idea de escapar de allí. Él la atrapó en sus brazos y la atrajo hacia él, y ella gritó y gritó y gritó.

Babe no vio a Cory en absoluto cuando la abrazó y la calmó.

El monstruo yacía en el agua. No le gustó ni le disgustó este nuevo elemento. Descansaba en el fondo, su enorme cabeza a treinta centímetros por debajo de la superficie, y consideraba con curiosidad los datos que había recopilado. Hubo un pequeño zumbido de la voz de Babe que envió al monstruo a buscar dentro de la cueva. Estaba el material negro del maletín que resistió mucho más que las cosas verdes cuando lo rasgó. Allí estaba el pequeño de dos patas que cantó y que gritó cuando llegó. Estaba esta nueva cosa fría y móvil en la que había caído. Estaba lavando su cuerpo. Eso nunca había ocurrido antes. Eso era interesante.

El monstruo decidió quedarse y observar esta cosa nueva. No sintió ningún impulso de salvarse a sí mismo; sólo podía ser curiosidad.

El arroyo brotó de su manantial, corrió desde su fuente, llamando a los rayos del sol y abrazando riachuelos y arroyuelos. Gritaba y jugaba con pequeñas raíces y empujaba a los pececillos en sus diminutos remansos. Era un arroyo feliz. Cuando llegó al estanque, la roca desprendida encontró al monstruo y lo arrancó. Empapó las sustancias inmundas y derritió los mohos, y las aguas debajo de la cosa se arremolinaron oscuramente con su materia diluida.

Era un arroyo completo. Lavaba todo lo que tocaba, persistentemente. Donde encontraba inmundicia, inmundicia quitaba; y si había capa sobre capa de inmundicia, entonces capa por capa de inmundicia se eliminaba. Era un buen arroyo. No le importó el veneno del monstruo, sino que lo tomó y lo diluyó y lo esparció en pequeños anillos alrededor de las rocas río abajo, y lo dejó flotar hacia las plantas acuáticas para que pudieran crecer más verdes y hermosas. Y el monstruo se derritió.

—Soy más pequeño —pensó la cosa—. Eso es interesante. No puedo moverme. Y ahora esta parte de mí que piensa también se va. Se detendrá en un momento y se alejará con el resto del cuerpo. Dejará de pensar y dejaré de ser. Eso también es muy interesante.

Entonces el monstruo derritió y ensució el agua, y el agua volvió a estar limpia, lavando y lavando el esqueleto que el monstruo había dejado.

No era muy grande y tenía un nudo mal curado en el brazo izquierdo.

La luz del sol parpadeó sobre la placa triangular de plata incrustada en el pálido cráneo, y el esqueleto estaba ahora muy limpio. El arroyo se rió de eso durante una era.

Encontraron el esqueleto seis hombres de labios sombríos que vinieron a buscar a un asesino. Nadie le había creído a Babe cuando contó su historia días después. Tuvieron que pasar días porque Babe había gritado durante siete horas sin parar y había yacido como un niño muerto durante un día. Nadie le creyó en absoluto, porque su historia era sobre el tipo malo, y sabían que el tipo malo era simplemente algo que su padre había inventado para asustarla. Pero fue a través de ella que se encontró el esqueleto, por lo que los hombres del banco enviaron un cheque a los Drew por más dinero del que nunca habían soñado. Era el viejo Roger Kirk, por supuesto, el esqueleto, aunque fue encontrado a cinco millas de donde había muerto y se hundió en el suelo del bosque donde el moho caliente se acumuló alrededor de su esqueleto y emergió: un monstruo. Así que los Drew tenían un granero nuevo y un excelente ganado nuevo y contrataron a cuatro hombres. Pero no tenían a Alton. Y no tenían Kimbo; y Babe grita por la noche y ha adelgazado mucho.